

Yatzil no es la verdadera historia

Lezama García, Elisa

2020-06-12

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/4600>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Yatzil no es La Verdadera Historia

Elisa Lezama García

Soy Yatzil Chimay Aj Lachu Canul, hija de mi padre Aj Sintu Aj Lachu Choj'ixchuch y de mi madre Catzim Canul Balam. Tengo ya ciento dos años de andar besando árboles y sembrando a sus hijos, por lo que espero comprendan que de mis abuelos solo recuerdo sus nombres: mi padre fue semilla de Jut'ajpum Aj Lachu y de Ix Nora Choj'ixchuch; mi madre, fruto de dos árboles frondosos: Canek Canul y Nichte há Balam.

Mi madre me contaba con nostalgia que había nacido entre las huellas de los mayas y el templo de Kukulkán por allá del 1900, pero mis abuelos Canek y Nichte há eran grandes aventureros que no querían que su hija viera las mismas hojas y la misma caliza el resto de su vida, tampoco querían cosechar el mismo Zea mays ni ver la misma arena blanca, así que decidieron viajar. Anduvieron con mi madre en brazos caminando hasta encontrar el lugar donde su corazón se sintiera contento y treinta y dos días después lo encontraron. Estaba lleno de pasto, mucho pasto. Había más arboles de los que pudieran contar y reconocer, mil cosas nuevas, plátanos en cada esquina, matas que se doblaban y caían por el peso de tanto cacao. Hacía calor como en su tierra, pero se sentía diferente; me contaba mamá que mi abuelo le decía que en su vieja tierra se quemaba el cuero del brazo cada vez que recogía el maíz, y en su nueva tierra se le escurría la vida por los huequitos de la piel para aliviar las quemaduras.

Papá nació y creció aquí. Mis abuelos también, y sus padres y abuelos también. Todos ellos se habían dedicado al comercio de la res y el cerdo de generación en generación, hasta que mi padre conoció a mi madre. Se la robó a los dieciséis años porque, según él me contaba, no podía vivir un día sin ver sus hermosos ojos de jaguar.

Un año después nací yo, su venado amado, como él me decía. Me enseñaron a sembrar maíz, frijol y tulipán como mi madre y a vender reses y cosechas como mi padre. Poco tiempo después aprendí a bordar los tulipanes que sembraba y a despellejar las reses para hacer con su piel cosas que vender.

He vivido en esta choza toda mi vida, nací en aquella esquina cuando no había nada más que un catre de mimbre donde me solía dormir mi mamá. Puedo decir que he avanzado algo en estos años, ahora ya tengo una hamaca donde pasar mis noches y una mesa donde comer mis guisos. Yo también me casé, pero mi marido corrió cuando supo que andaba panzona.

Si supiera que poco tiempo después perdí a mi chiquito quizá se hubiera quedado y hoy no andaría tan arrugada y tan sola.

Todos los días me levanto cuando se levanta el Sol, tomo mi pozol, riego mi cultivo, bordo mis tulipanes y alimento a mis gallinas. Salgo, saco la mesita donde como mis guisos, pongo mis bordados, mis semillas, mis cosechas y me siento a esperar que alguien venga y quiera llevarse mis cosas pa' adornar su casa, su cuerpo o su panza.

Llega el medio día, prendo la leña, saco la olla y hago mi guisado. Meto la mesa y quito el mandado. Como el guisado, limpio el plato, ¡qué delicia he preparado! saco la mesa, pongo el mandado y espero a que alguien se haga el interesado. Cae la tarde, meto la mesa, quito el mandado, prendo la leña, hiervo el café, ¡qué día tan cansado!

Así habían sido mis días ciento dos años, hasta aquel martes en que un caballo con ruedas se detuvo frente a mi casa. Se bajó un joven blanco como papel, alto como un árbol y con los ojos cholencos, adiviné, pues no podía dejar de ver esas dos lupas gigantes sobre su nariz, pero le sonreí.

Se acercó muy contento a mi mesa, me preguntó si yo elaboraba esos bordados y si yo misma cosechaba esas semillas, orgullosa le dije que sí. Con los ojos de plato me preguntó mi edad, yo me reí y le dije que no se fuera a ir pa'trás.

Ciento dos años, joven. – le dije.

¡Ciento dos! Pero madre, si está usted entera. Debo suponer que es la dama más longeva del lugar.

Nomás soy de buena madera, hijo. – Le respondí bien estirada.

No cabe duda que troncos así ya no hay. Dígame, mi señora ¿cuál es su nombre? – me preguntó, medio zalamero.

Yatzil Chimay, para servirle.

Después de eso, él me dijo su nombre, se llamaba Alejandro y había vivido veintidós primaveras. Me preguntó si yo sabía mi historia, pero, ¿cómo sería posible no saberla? ¡Claro que me la sé!, es más, empecé este recuerdo con un pedacito de ella ¿Qué no? Le dije con mucha seguridad que sí. Él, divertidísimo con mi respuesta, me preguntó si yo sabía leer y escribir, como a mí nunca se me ha dado eso de las mentiras, le dije que no.

No. No sé leer y tampoco sé escribir, pero nunca lo he necesitado. Sé hablar, sé lavar, sé trabajar, cocinar, escuchar y sentir. No he necesitado nada más en mi vida, así soy feliz.

Entonces el joven me pidió que le contara mi historia. Yo, muy contenta de recibir una visita, prendí la leña y calenté agua para ofrecerle un café. Maté una gallina, la desplumé, corté unos chiles, hice una bola de masa y cociné para él un horneado. Yo vi que se lo comió muy a fuerza, seguro no le gustan esos chiles, ¡pero qué tonta! debí usar unos menos enchilosos.

Después de comer y escuchar mi historia, el joven me explicó, con una libreta diminuta en la mano, que esa no era mi historia.

Volvió a su animal con ruedas y sacó de él unos libros más pesados que mi mesa, libros que apenas él podía cargar. Los puso en la mesa y me dijo que esa era La Historia. Que él estaba dispuesto a enseñarme a leer y escribir para que yo pudiera conocer La Verdadera Historia a cambio de mis memorias para su estudio, ¡pero es que en mi cabeza no existía tal cosa!, no podía concebir la idea de una historia verdadera porque entonces significaría que la mía era la falsa. ¡Pero si yo la viví! ¿¡Cómo podría ser falsa si yo estuve ahí!? Si fueron mis manos las que sembraron esas semillas, mis oídos los que escucharon los cuentos de mi padre y mis mejillas las que recibieron los besos de mi madre. Fueron estos mismos ojos los que vieron a mi marido irse y a mi hijo convertirse en un río de sangre. ¿Cómo no iba a ser La Verdadera Historia si yo fui quien la escribió? ¿Cómo?

Discúlpeme joven, pero esta es mi historia. Lamento mucho que no sea La Verdadera Historia, pero a mis ciento dos años no tengo interés alguno en aprender a leer y a escribir la historia de alguien más, de quién sabe quién. Le agradezco su compañía, su interés en mis memorias y su sorpresa ante mis primaveras, pero si no es esta la historia que usted esperaba, lo invito a retirarse. – Le dije con la voz temblorosa y avergonzada.

No podría describir la cara del joven, estaba más pálido de lo que ya era, sus ojos eran cada vez más grandes y yo juré que se me iba a petatear en ese momento. Pero pocos segundos le costó retomar la postura, agarró su bonche de libros, me miró y me dijo:

No se preocupe mi madre, yo lamento mucho que aún haya gente tan necia que no quiera progresar. Por esto, por señoras ignorantes como usted, se pierden las anécdotas y leyendas y no se conoce La Verdadera Historia.

El joven se fue, furioso.

Debo confesar que me sentí mal un par de días por no haber podido ayudar con su estudio que tanta lata parecía darle, pero yo sigo aquí. Con las mismas gallinas, la misma mesa, los mismos bordados, la misma leña, con las mismas semillas, la misma memoria y, gracias al cielo, con la misma historia.